

HACIENDO CAMINO

por JUDITH MILLER

Cuando el 20 de enero Flory Kruger me propuso participar en este número especial de *El Caldero*, le respondí que lo haría con gusto. Para mí era un placer poder estar, de este modo, un poco antes en Buenos Aires.

No sabíamos aún –ni ella ni yo– la sorpresa que nos esperaba, una sorpresa que anhelábamos al igual, creo, que todos nuestros colegas del Campo freudiano.

En efecto, el 23 de enero, durante la reunión del Consejo de la AMP, fue proclamada la Declaración de la Escuela Una. Ella transforma completamente nuestro horizonte común y determina en cada uno una modificación subjetiva radical que se hizo evidente en forma inmediata. Todos pudimos constatarlo el 24 de enero, mientras se realizaba la primera noche de la semana de la Escuela Una, en la Escuela de la Causa freudiana. Tan cuidadas como hubieran estado las intervenciones que habían sido preparadas, apenas se distribuyera el texto de la Declaración a los participantes, el clima cambió; todo lo que acababa de ser dicho y escuchado fue superado inmediatamente: la Escuela Una ya no estaba por venir, estaba allí. Debíamos despertarnos, estábamos retrasados. Quienquiera que sea, inscripto en el Campo freudiano y en la orientación lacaniana, se sintió conmovido, acababa de darse un paso que volvía un tanto viejos nuestros proyectos, nuestras preocupaciones, nuestros placeres, nuestras realizaciones.

En el curso de esta semana de la Escuela Una apareció un estilo nuevo con el impulso dado por el empuje de la Declaración.

Su primera lectura fue objeto de discusión y examen en la reunión con el Consejo de la ECF, el 25 de enero; cada uno de los presentes pudo expresarse: “insólito”, “nunca visto”, “incomparable”, “formidable”. “fantástico”, “esperado y sorprendente”, el abanico de calificativos elegidos indicaba la misma conmoción.

La mutación era evidente. Su exigencia, indiscutible. La alegría, desbordante. Por mi parte, luego de mi alegría, sentí que estaba contra la pared, desde ese martes, cuando debía pensar en hablar allí de nuestro próximo Encuentro Internacional, luego del instante de ver el tiempo de comprender... y encontrar una invención. Era impensable vivir con los esquemas adquiridos, especialmente para este Encuentro. ¡Cuál no fue mi satisfacción cuando escuché, ese mismo día, la propuesta que Flory Kruger traía desde Buenos Aires!

La propuesta de un estilo de trabajo nuevo, que dejaba bien lejos, detrás de sí, el estilo definitivamente envejecido de la intervención personal en las tradicionales salas simultáneas. Sabía que más de doscientas propuestas de trabajo habían sido aceptadas y que se habían previsto diez salas para incluir esos trabajos.

Flory me pedía mi opinión acerca de la inclusión de pósters en el Encuentro. La idea me encantó inmediatamente; esta idea venía como anillo al dedo para todos aquellos que sacan consecuencias de la existencia de la Escuela Una. La Comisión de Organización de Buenos Aires anticipó la necesidad de atreverse a tomar riesgos, de suscitar el acontecimiento imprevisible, de abrir a cada

XI ENCUENTRO INTERNACIONAL DEL CAMPO FREUDIANO

uno a la *tyché*. Se terminó la serie más o menos convergente de intervenciones, que pueden tener más o menos el rasgo del tema del encuentro. Se suspendieron las salas simultáneas, donde cada orador, incluso si es conciso, sucede a otro que a su vez será seguido por otro, y así continúa; donde se hace difícil saber quién habló de qué, el tiempo del debate a menudo se acorta, el uno por uno está amenazado de quedar obturado en sus principios e inoperante en sus efectos.

Sin embargo, fue una feliz iniciativa del Campo freudiano darles la oportunidad a los colegas que jamás habían hablado en público –o lo habían hecho en muy pocas ocasiones–, de poner el producto de su trabajo a la prueba de un auditorio internacional. La iniciativa era buena, pero se volvió una costumbre. Su pertinencia, ciertamente, permanece pero a condición de ser puesta en acto de otro modo.

Por lo tanto los pósters se imponen, e implican cierto desplazamiento del trabajo previsto por cada uno. Los congresos de ciencias duras practican el póster donde cada matemático, lógico, físico u otro especialista circunscribe lo más saliente de sus resultados, de su método, de su demostración, y pone allí lo más saliente una vez que lo ha podido reducir al máximo. El póster, entonces, mira, tal como la lata de sardinas al pescador, a los congresistas reunidos para un tiempo de transmisión y de puesta a prueba. Enganchado en el anzuelo del brillo de lo que lo mira, viene a encontrar en persona a aquel que lo ha moldeado, y dan inicio a una reflexión común y personal, encuentro y anudamiento, donde cada uno recibe tanto como da. Cada Cartel d'Adresse et de Liaison (CAL) de la ECF-ACF elabora su póster, y asegura dar lo que para mí constituye la sal del encuentro. Algunos colegas decididos se decla-

raron candidatos a esta experiencia; me atrevo a creer que otros van a seguirlos.

La noche siguiente de la misma semana nos dio el ejemplo, la calidad de cada uno de los textos preparados por los expositores fue puesta de relieve por un lector, que extraía una problemática y desarrollaba las incidencias de su hilo conductor. Cada autor respondió entonces a este lector pero también a todos los demás que también tenían el texto. Esta forma de conversación demanda asimismo que alguno se implique en los intercambios, en función de su propia práctica clínica y de doctrina. Un buen número de participantes, encantados por esta nueva posibilidad –sin duda menos subversiva que los pósters–, adoptó de inmediato esta fórmula para utilizar con una parte de los trabajos del encuentro. Sus modalidades prácticas, por cierto, imponen un trabajo extra para la Comisión de Organización, pero esta no ha dudado en asumirlo.

Es un buen comienzo para el XII Encuentro, del cual hablaremos ya en julio y que tendrá la ventaja de poder contar, para el conjunto de estos trabajos, con internet, a la que todos los miembros de la Escuela Una estarán conectados.

Unas palabras antes de terminar sobre el volumen preparatorio del Encuentro. Veo en él una primera imagen de la Escuela Una. Ciertamente, estoy un poco retrasada, y pido por ello a todos los colegas que me disculpen: la puesta a punto de esta imagen fue hecha lo más cercanamente posible a la Escuela Una, tomó el tiempo que hizo falta. Agradezco a todos los colegas que contribuyeron y que lo discutirán –lo deseo– en una conversación animada.

La noche de los CAL, la última de la que tengo conocimiento entre todas las actividades que ponen al trabajo la cuestión de la

XI ENCUENTRO INTERNACIONAL DEL CAMPO FREUDIANO

sesión analítica, ya indica que se afina la conceptualización de cada una de las cuestiones abordadas en este conjunto. De este modo, a falta de poder hacer una lista de todas, transmito tres de las preguntas para retomar luego de la discusión planteada gracias a las cinco exposiciones que se presentaron allí: ¿Cuándo una interpretación constituye un punto de capitón? ¿Cómo diferenciar un corte, una escansión y una interpretación? Si la sesión no constituye una serie, ¿puede hablarse de sesión (comparar la sesión única de Freud con Katharina y el encuentro con un analista de un paciente en un servicio de urgencia)?

Es una orientación común que hace posibles tales precisiones, la discusión y la trans-

misión, esas que cristaliza la Escuela Una, la Escuela translingüística y transcultural del país del Campo freudiano.

Este país sabe de su deuda con la EOL en la ex-sistencia de la Escuela Una. Todos sus habitantes querrían estar presentes en Buenos Aires el día de su creación: los ausentes estarán seguramente con nosotros en el corazón y en la mente.

PD: En el momento en que escribía este texto tomé conocimiento, con gran alegría, de que en la reunión prevista para el 20 de mayo de los CAL se hará una puesta a prueba de la presentación de pósters. 🍀

Traducción: Silvia Baudini